

tiera el Destino. Los hijos se arrodillan y le besan la mano sarmentosa. El pueblo llora silenciosamente. Es octubre y lloran también los bajos cielos flamencos sobre las tierras verdes y llanas. Pero un débil rayo de sol, atravesando la niebla bruselense, hiere una vidriera de la catedral de Santa Gúdula, en la que, amarillos de oro, están pintados el yugo y las flechas de los Reyes Católicos. El mundo se entera con asombro del hecho trascendental. Las coronas española e imperial se separan. Felipe de Habsburgo, gobernador de los Países Bajos y rey consorte de la Gran Bretaña, hereda las de Castilla, León, Granada, Navarra, Aragón, Valencia, Mallorca, Cataluña, Rosellón, Cerdeña, Sicilia, las Indias, islas y territorios del Océano, el Condado de Barcelona y los Maestrazgos de las Ordenes Militares de Santiago, Calatrava, Alcántara y Montesa. El Imperio romano-germánico debería elegir un nuevo César, que no será Felipe.

Con sus hermanas las reinas viudas de Francia y de Hungría y un breve séquito, sale Carlos —gloriosamente cargado de ex, delante de sus viejos títulos— para Flesinga, donde embarcan rumbo a España. En la rada holandesa, Felipe se despide de su padre para la eternidad.

Desde Laredo —donde desembarca— a Yuste, la caravana imperial camina lenta, atravesando tierras que fueron comuneras y hoy lloran a su rey que quiere enterrarse en vida. En Valladolid conoce el viejo emperador a su nieto don Carlos —hijo de Felipe II y su prima hermana María de Portugal—, en quien se reúnen todas las venas de locura de la sangre de la reina Isabel, madre de la Reina Católica. Sigue la caminata por Castilla, «esta tierra es maltada de nombres maravillosos —Tordesillas, Medina del Campo, Madrigal de las Altas Torres—, esta tierra de Chancillerías, de ferias y castillos; es decir, de justicia, milicia y comercio» —las tres cosas bien amadas de Carlos V—,

y llega a Extremadura. Su casita campesina de Yuste no está concluida y permanece en Jarandilla tres meses, alojado en la casa del conde de Oropesa. El 3 de febrero de 1557 entra en Yuste, de donde no saldrá ya en vida. El 21 de septiembre de 1558 halla el descanso eterno. El año y medio de Yuste fué de reposo, pero no tan absoluto que dejara de preocuparse por la marcha del mundo, ni por las leyes, los mapas, los relojes, las flores, los pájaros, los peces, los libros, los viejos y nuevos amigos y los familiares. El año y medio último de su existencia permitió al emperador lo que le habían impedido sus cuarenta años de gobierno de pueblos en crisis de ideas: vivir su vida humana, cerca de la Naturaleza, la Amistad y los Libros.

\* \* \*

Vencedor de una contrarrevolución española, Carlos I dejó España hecha y cuajada para grandes empresas del espíritu que sólo se realizarían por Felipe II, en quien la fuerza racial de los Habsburgos españoles llega a su más alto nivel, a tono con un pueblo en plenitud. Después de Felipe II la dinastía austríaca entra en una rápida decadencia. Vencido en la Revolución germánica, Carlos V dejó el Imperio romano-germánico en trance de disolución como fuerza efectiva en el orden europeo. La Casa de Austria tendrá días de gloria en su límite territorial puramente hereditario y austríaco, pero el Sacro Imperio germánico no volvería a significar nada en el mundo. Después de Fernando I en Alemania y de Felipe II en España, llegará el momento ascensional de las rivales Inglaterra y Francia, que dominarán los mares y el espíritu del mundo hasta la Edad Contemporánea, sin lograr la unidad por la que combatiera con la fe de un Cruzado la majestad imperial y real del último emperador de Occidente, César de Europa, nuestro señor don Carlos de Habsburgo-Aragón y Borgoña-Castilla.